

La televisión, y por qué se es de un modo u otro

Fernando Alcázar de Velasco

Las clasificaciones temperamentales, caracterológicas y demás, suelen incurrir en la presunción de sentenciar, a partir de haber construido la tipología física del sujeto, una monolítica predestinación.

Se construye de ese modo, según los arquetipos y sus variantes, midiendo y pesando al sujeto, su futuro. Se establecen maneras de conducta (de las que se hace derivar un destino), analizando el funcionamiento del bazo y del riego sanguíneo. Así aparecen varios grupos de clasificaciones que desde Hipócrates han ido engrosando las observaciones y la catalogación de la gente con elementos en los que interviene la cabeza frenológica, el cráneo aplastado o en cuña, o el que tiene forma de paellera, la frente trapezoidal, el peso del culo, y la mandíbula medianamente inclinada con respecto al espinazo.

Con todo eso se pretende que quedan definidos los avaros, los vanidosos, los tímidos, los irascibles, los celosos y otras cuestiones que se pueden advertir a simple vista (y cuando se quiere ir más lejos, nada tan útil como el sexto sentido de mi mujer).

Por si fuera poco todo esto y de un tiempo a esta parte, entran en escena los delirantes intentos astrológicos, con su irrisoria clasificación, dentro de la más irrisoria relación causa-efecto, de la

forma de ser de todos los vivientes.

Mi experiencia en este sentido y contra la opinión de todos ellos, me permite dar fe de que existen financieros con cara de sapo y con cara de búho, gorditos, flacos, amarillentos, colorados, pálidos, de mentón cuadrado y de mentón puntiagudo, de labios gruesos y de labios afilados, con manos lampiñas y frágiles y con manos velludas y robustas. Los he visto chatos, narigudos, sonrientes y ceñudos y de todas las estaturas.

Del mismo modo conozco, dentro de todas esas idénticas variantes, a perezosos y a diligentes, a tímidos y audaces, a herbívoros y carnívoros, a ladrones, a filántropos, a tahúres, a frailes, a valientes y a cobardes, a mansos e iracundos, a zoquetes y a quintaesenciados.

Más bien se parecen en cambio dos individuos a quien *«les pasa lo mismo»*, es decir, más cerca estoy yo de entender a alguien en su estado íntimo si me dicen, por ejemplo, que le ha tocado la lotería, o que tiene hambre, que si me dicen de él que es cerebrotónico. Más que un linfático y otro linfático ambos en perfecto estado de salud, se parecen entre sí un tibetano de las montañas y un brasileño de la selva, a condición de que ambos padezcan colitis.

Lo que *«le pasa a la gente»*, marca a la gente, tanto en estos ejemplos que contemplan un fugaz acontecimiento, como en otros casos, en que *«lo que pasa»* es más consistente e inevitable. De los ejemplos fugaces podemos pasar a otros de mayor perdurabilidad, como es el caso siguiente: Dos hermanos gemelos serán dos hermanos de muy diferente condición si el uno está casado con una maniática de la limpieza hasta la histeria y el otro casado con una bohemía que apaga las colillas en las mace-tas y que un buen día le da por hacer un mural tipo pintura negra de Goya en una pared del dormitorio y otro a *«Saturno devorando a su hijo»* en una pared del comedor.

Son efectivamente bajitos Julio César, Stalin, Franco, Salazar, Napoleón, Mussolini, Hitler, Churchill y varios más. Pero su propensión hacia el poder no es resultante de una peculiaridad somática, sino de que el factor estatura es algo que *«les pasa»* a todos ellos, imprimiendo una forma de proceder dirigida a liberarse del indudable soterrado complejillo.

Del mismo modo se tiende a perfilar los tipos de carácter colectivo, como se hace por ejemplo con los judíos. No se tiene en cuenta que en tal especificidad de carácter concurre el hecho de su dispersión por todo el planeta desde hace dos mil años y que es, en su caso, *«lo que les pasa»*.

Conclusión: ¿Qué hacer, pues, para que la gente sea como debe ser? ¿Cómo construir?. «*Lo que le pasa*» al pueblo es que se le ha sumido en un potingal de basura. En basura se debate y con la basura se mimetiza. Se transmuta en basura. No puede aspirarse a que la gente cambie mientras la televisión defina «*lo que a usted le pasa*» configurando un mundo de aspiración a la poltrona, remitiendo el principal ideal del hombre en dirección al dinero. Mientras una televisión (orientada, como arma política, para la destrucción moral de los pueblos) sea la autoridad que determina las preocupaciones del hombre, no habrá nada que hacer para salir de esta.

La parte seguramente más configuradora de la actuación de los hombres y también de su futuro y de su predestinación, lo que más «*les pasa*», es aquella definida por sus preocupaciones, en un sentido amplio. Lo que preocupa a un individuo constituye el factor diferenciador más neto de ese individuo con respecto a los demás y a la vez el factor que más le identifica con quienes, como él, se preocupan de lo mismo. El que un individuo equis se preocupe seriamente por que la radio de su coche está averiada, es un indivi-

duo incontestablemente separado de aquel a quien, por ejemplo, preocupan los pobres de este mundo. La sola capacidad de asumir una u otra preocupación implica una categoría humana diferente. No es una cuestión física, intelectual. Lo que distingue a ambos sujetos es un estado del alma. Y «*lo que les pasa*» a ambos, a grandes rasgos, es que uno ve más televisión que el otro.

La naturaleza humana conlleva una permanente tendencia hacia la preocupación. Así como a la araña le es imposible dejar de fabricar su tela, al ser humano le es imposible conseguir un vacío absoluto de preocupaciones. Si no hay nada objetivamente preocupante, cualquier nadería se agiganta y ocupa de inmediato todo el espacio disponible en la sede, donde quiera que esté, de las preocupaciones. Es algo parecido a lo que decía Mihura que les sucede a las mujeres con los armarios de las casas y que formulaba más o menos así: «Las existencias de la ropa que haya en un hogar, tienden siempre a ocupar la totalidad de los armarios disponibles para almacenarla».

Como casi todo, no es tanto una cuestión de luces y de inteligencia, ni tampoco de sentido de la responsabilidad o del deber.

Sino de altura metafísica. Tampoco depende de su capacidad de despreciar la propia vida, que eso puede encontrarse en una vulgar reyerta de taberna, a navajazos. La capacidad de preocuparse de esto o de aquello implica una categoría humana del mismo nivel de la preocupación en sí y en consecuencia es el elemento más definitorio de cada persona.

Mientras la televisión (orientada, como arma política, para la destrucción moral de los pueblos) determine lo que nos debe preocupar («*no se preocupe usted de estar en paro, preocúpese de la liga de fútbol; no se preocupe del caos nacional, preocúpese de si la Pantoja cambia de peinado; no se preocupe de si le están envenenando, preocúpese de cambiar de coche; no se preocupe de que se asesine a los niños, preocúpese de ponerse morena/no que viene lo de la playa*»), no habrá nada que hacer. Una buena manera de construir es cargándose la tele, mientras siga orientada por quienes lo está.

Un mundo en el que la televisión dijera: «No se preocupe de si la Pantoja cambia de peinado, preocúpese de que le están envenenando», ¿no sería un mundo diferente? Porque el pueblo cambiaría de preocupación y «*lo que le pasa*» sería también diferente. ▀